

La controversia acerca de las proposiciones sintéticas a priori

Reflexiones en torno a la proposición 6.3751 del Tractatus de Wittgenstein

JUAN JOSÉ GARCÍA NORRO
Universidad Complutense

1. DOS SENTIDOS DEL TÉRMINO EMPIRISMO QUE CONVIENE DISTINGUIR

Por *empirismo* y por su antónimo *racionalismo* cabe entender dos géneros de teorías de índole muy diferente. Por una parte, es sabido que el empirismo constituye una respuesta, rica en matices naturalmente, a la cuestión que inquiere por el origen del conocimiento; precisamente es aquella que afirma que todo conocimiento procede de la experiencia sensorial y que, por consiguiente, de acuerdo con el símil clásico, el alma es como una de esas tablillas de cera en la que aún no se ha escrito nada hasta que la experiencia sensible comienza a imprimir sus trazos. Frente a esto, el racionalismo, asimismo con sus diversas e interesantísimas variedades, sostiene que el alma, antes de recibir la experiencia sensorial, guarda en germen los principios de varias nociones y conocimientos que, quizá con ocasión de lo que los sentidos captan, se despertarán y aflorarán a la conciencia. De acuerdo con esta manera de entender ambas doctrinas, cabe decir, por ejemplo, que Platón es racionalista y que Aristóteles es empirista¹.

En un segundo sentido, con el vocablo *empirismo* se suele designar la doctrina que sostiene que todo conocimiento descansa en la experiencia sensorial, dando con ello a entender que encuentra su justificación última en lo que los sentidos permiten conocer. Esta concepción constituye una respuesta a la pregunta por el fundamento del conocimiento, en vez de por su origen: ¿Dónde

¹ Entre otros muchos lugares, véase *Menon* 81 a - 86 c y *De Anima*, III, 4, 429 a 15 - 429 b 30.

hemos de encontrar el criterio para separar el auténtico conocimiento del que sólo lo aparenta ser? Únicamente en la experiencia sensorial, responde el filósofo empírico. Claro está que el empirista, en este sentido del término, junto a la experiencia sensible, admite otros modos de conocimiento, que resultan ser métodos indirectos o argumentativos de conocer la verdad: deducciones e inducciones. Pero estos otros procedimientos de conocer reposan, en última instancia, en la experiencia sensible, de donde extraen su justificación en cuanto que utilizan, como punto de arranque, premisas que se conocen por la percepción sensorial y en la medida asimismo en que las leyes lógicas que garantizan la bondad o corrección de los procesos argumentativos hallan también su justificación definitiva en la experiencia empírica, si se los considera como algo más que puras convencionalidades. Por su parte, el racionalismo, entendido de este segundo modo, admite, junto a la experiencia sensorial o con exclusión de ella, un método de conocimiento directo, inmediato, intuitivo, pero de naturaleza no sensorial, que se denomina de muy diversas maneras: intuición intelectual, razón, etc. A diferencia de la percepción sensorial, que es siempre de lo singular, el racionalista cree que con la intuición intelectual se capta la verdad o falsedad de proposiciones universales. Es patente que, en este otro sentido de los términos *empirismo* y *racionalismo*, tanto Platón como Aristóteles han de ser considerados como racionalistas².

La razón para hablar de un órgano de conocimiento intuitivo no sensorial procede, sin duda alguna, de la necesidad de explicar cómo conocemos ciertas proposiciones inaccesibles para los sentidos. Como acabamos de decir, estos sólo nos muestran lo individual y, por tanto, de forma sensorial únicamente cabe conocer proposiciones singulares y particulares. Mediante la inducción, el conocimiento del hombre puede ampliarse hasta proposiciones universales inductivas, esto es, proposiciones que se logran generalizando casos singulares y acerca de las que nunca puede uno sentirse totalmente seguro, pues cabe esperar que, un buen día, se encuentre un contra-ejemplo, aun cuando quizá jamás se produzca. Por otra parte, gracias a los argumentos deductivos, conozco nuevas proposiciones singulares, particulares o universales, de acuerdo con el tipo de premisas de las que parto. Pero lo peculiar de toda deducción es que en ningún caso me amplía el conocimiento —precisamente en esta limitación suya de aspiraciones radica su certeza—, de suerte que si parto de una serie de proposiciones entre las que figura una singular, la conclusión que puede obtenerse es necesariamente singular, y si cuento con proposiciones inductivas, tendré que conformarme con obtener proposiciones con universalidad inductiva. No obstante, como el caso es que parece que conocemos proposiciones con una universalidad y necesidad superiores a la inductiva, pues no las conocemos mediante una generalización, ni nos sentimos inseguros por una posible refutación mediante la experiencia, hemos de

² Cf. *Analíticos posteriores*, II, 19, 100 b 5 ss., entre otros muchos lugares en los que Aristóteles se decanta por el racionalismo, entendido en esta segunda acepción.

poseer –arguye el racionalista– una facultad de conocimiento no sensorial, ciertamente, pero intuitiva. Es la que hemos denominado intuición intelectual un poco antes. Gracias a esta intuición conocemos las proposiciones que, desde que Kant generalizó el uso del término con este significado, se han venido a llamar *a priori*: esto es, proposiciones que son totalmente universales y necesarias¹.

De esta manera, una segunda caracterización del *empirismo*, en la segunda acepción considerada, totalmente equivalente a la anterior, reza así: es aquella doctrina que niega, frente al racionalismo, la existencia en nosotros de un conocimiento de proposiciones *a priori*. Mas como quiera que parece que las hay y en muy diversos terrenos –en el ámbito lógico (los primeros principios, como el de contradicción), en el saber matemático (« $2 + 2 = 4$ », «ángulos opuestos por el vértice son iguales»), en el terreno moral (la regla de oro, que nos manda no hacer a los demás lo que no queremos que nos hagan a nosotros), en el saber metafísico («todo lo que es tiene una causa»)–, el empirismo aunque es una teoría negativa, esto es una doctrina que niega la existencia de cierta facultad cognoscitiva (o, correlativamente, nuestro conocimiento de determinadas proposiciones) debe proponer argumentos para ser creíble y estos no sólo han de ir encaminados a mostrar la imposibilidad de una facultad de conocimiento intuitivo no sensorial, sino a mostrar asimismo cómo las proposiciones que los racionalistas proponen como proposiciones *a priori* no son tales.

2. LA ELIMINACIÓN DE LAS PROPOSICIONES A PRIORI

Tres son las vías que se abren ante el empirista que pretenda deshacerse de las proposiciones *a priori*. En primer lugar, cabe que se decida por negar abiertamente que lo sean y tenerlas por proposiciones *a posteriori*, esto es, proposiciones logradas mediante la inducción, que resultan, como mucho, probables y que expresan situaciones objetivas contingentes en vez de necesarias. Como es sabido, este camino se encuentra esbozado en el *Tratado de la Naturaleza Humana* de Hume y lo emprende de forma decidida y sistemática John Stuart Mill cuando sostiene el carácter *a posteriori* de los enunciados de la aritmética⁴. Muy pocos empiristas se han sentido inclinados a seguirles en su intento. Y, en verdad, parece muy difícil no admitir una diferencia esencial entre proposiciones como «el calor dilata los cuerpos» y « $2 + 2 = 4$ ». Una discusión

¹ De manera rigurosa, no se puede decir que el argumento esbozado –ni tampoco cualquier otro posible– pruebe la existencia de la intuición intelectual, pues todo argumento que busque esta conclusión es falaz por cometer un círculo vicioso ya que cualquier argumento da por supuesta la validez de ciertas leyes lógicas –universales y necesarias– que se han de conocer ineluctablemente por la intuición intelectual.

⁴ *A System of Logic*, III, XXIV, 5.

pormenorizada de la posición de Mill puede encontrarse en los escritos de Frege sobre la fundamentación de la aritmética⁵.

En segundo lugar, el filósofo empirista puede rechazar las sedicentes proposiciones *a priori* por considerarlas proposiciones carentes de sentido. De acuerdo con esta perspectiva, las proposiciones supuestamente *a priori* infringen reglas ya sean sintácticas ya sean semánticas, lo que impide su comprensión y, en definitiva, impide que sean auténticas proposiciones. Naturalmente, que no signifiquen nada no implica que no despierten connotaciones o sentimientos que, con facilidad, cabe confundir con su significado nocional. El consejo de Hume de echar al fuego los textos que contuviesen expresiones que no se refiriesen a objetos perceptibles sensorialmente o los célebres intentos de Carnap de ridiculizar expresiones heideggerianas ejemplifican este segundo procedimiento⁶.

Por último, ciertos empiristas deciden emprender un tercer método de dar cuenta de las proposiciones *a priori* propuestas por el racionalismo. Consiste este en mostrar que se trata de proposiciones que poseen un carácter analítico, una naturaleza tautológica. En ese caso, no sería del todo inexacto decir que esas proposiciones son *a priori*, pues son universales y necesarias, pero carecen de interés al no informar de nada en la medida en que su verdad descansa exclusivamente en el principio de identidad y pueden ser conocidas sin recurrir a una facultad de intuición intelectual. En este planteamiento, la disyuntiva entre el empirismo y el racionalismo se convierte en el célebre problema de si existen proposiciones sintéticas *a priori*. Dicho de otra forma: si existen proposiciones que hablen de la realidad —y no meramente de nuestro lenguaje— que sean universales y necesarias.

Por no haberse alcanzado hasta Kant en la historia de la filosofía una clara distinción entre las proposiciones analíticas y las sintéticas, la lectura apresurada de algunos textos de filósofos de tendencia empirista puede inducir a confusión. Piénsese en la célebre distinción que Hume propone, en la cuarta sección de su *Investigación sobre el Entendimiento Humano*, entre las proposiciones que son asuntos de hecho y las que son relaciones de ideas y en textos similares y anteriores de Locke. No cabe duda de que las relaciones de ideas expresan un conocimiento universal y necesario. Sin embargo, una lectura más atenta pronto pone de manifiesto que, en opinión de estos pensadores, estas proposiciones carecen de auténtico valor informativo, reposan en la mera identidad del sujeto con el predicado y pueden ser calificadas, como el mismo Locke hace, de proposiciones triviales o frívolas [*trifling, nugatoriae*] por

⁵ La reducción de las proposiciones *a priori* a proposiciones inductivas se lleva a cabo también en el psicologismo, que interpreta las leyes lógicas como leyes naturales psicológicas y, en general, en toda forma de relativismo antropológico y de naturalismo.

⁶ Esta es la posición de Wittgenstein respecto de la mayoría de las proposiciones que se han discutido y se discuten en filosofía. Véase la proposición 4.003 de su *Tractatus Logico-philosophicus* («La mayoría de las proposiciones y cuestiones que se han escrito acerca de materias filosóficas no son falsas, sino sinsentidos.»)

resultar inútiles para el avance de las ciencias. En una palabra, por tratarse de proposiciones analíticas⁷.

No cabe duda de que, a la hora de desembarazarse de las supuestas proposiciones *a priori*, en la práctica se suelen conjugar los tres caminos mencionados y así lo más frecuente es que se consideren que las proposiciones que proceden de la matemática y de la lógica poseen una naturaleza analítica, las que versan sobre asuntos metafísicos, éticos y estéticos carecen de sentido y algunas otras, propuestas por algunos filósofos racionalistas, son tenidas por proposiciones meramente inductivas.

Una vez que se ha logrado plantear de esta forma el problema del racionalismo frente al empirismo, la discusión se puede centrar en discutir si las proposiciones éticas y metafísicas carecen realmente de sentido y si la proposición que afirma esto último no carecería asimismo de sentido, con lo que el empirismo resultaría ser una teoría que conculca la posibilidad de toda teoría. También la reflexión podría dirigirse a examinar si cabe sostener el carácter analítico de las proposiciones de la matemática y de la lógica, a las que no se les suele escatimar que posean significado. Dicho de otra forma se podría emprender un examen de los resultados obtenidos por el logicismo. Ambos procedimientos de discusión se muestran descorazonadoramente difíciles de seguir hasta el final con provecho. Pero por fortuna, se nos abre otra posibilidad, dejando a un lado las proposiciones de la lógica y de la matemática, olvidándonos de las que tradicionalmente han constituido el saber metafísico y ético, podemos centrarnos en el estudio de unas pocas proposiciones, insulsas si se quiere, pero que nos prometen, si las analizamos atentamente, la posibilidad de lograr quizá, sin mayores reflexiones, zanjar la cuestión que divide a los empiristas y a los racionalistas. Es preciso observar en este punto que existe una palpable asimetría en lo que ambas tesis sostienen y en el esfuerzo que han de desplegar sus partidarios para probarlas. Bastaría demostrar el carácter sintético *a priori* de una sola proposición para tener que admitir la existencia de una intuición de tipo intelectual y decantarnos por el racionalismo. Demostrar el carácter analítico o la índole inductiva o la falta de sentido de una sedicente proposición sintética *a priori* no prueba definitivamente nada, dado que cabe que otra proposición sea realmente sintética *a priori*.

3. ¿PUEDE HABER ALGO QUE SEA BLANCO Y NEGRO SIMULTÁNEAMENTE?

Por su simplicidad las proposiciones a las que aludimos han sido utilizadas con frecuencia por los racionalistas como prueba de su doctrina. Perte-

⁷ Cf. los capítulos VII y VIII del cuarto libro del *Ensayo sobre el Entendimiento Humano* de Locke. Cuando confrontamos dichas páginas con las correspondientes de Leibniz en sus *Nuevos Ensayos sobre el Entendimiento Humano*, nos damos cuenta inmediatamente de que el punto esencial de discusión entre empiristas y racionalistas estriba en decidir el carácter analítico o sintético, informativo o no informativo, de ciertas proposiciones que se conocen por intuición no sensorial.

necen a dos clases. Unas afirman que la posesión de una propiedad lleva consigo la posesión de otra. «Todo lo coloreado es extenso», «todo cuadrado posee una figura». Otras sostienen que la posesión de una propiedad lleva consigo la exclusión de otra. «Todo lo rojo es no verde», «todo lo cuadrado es no circular».

Wittgenstein elige para discutirla una proposición que expresa exclusión. En la proposición 6.3751 de su *Tractatus Logico-Philosophicus* puede leerse lo siguiente:

«Que, por ejemplo, dos colores estén a la vez en un lugar del campo visual es imposible, esto es, lógicamente imposible, puesto que ello está excluido por la estructura lógica del color.»

La proposición anterior es un modo relativamente críptico de decir que una misma superficie no puede ser vista a la vez de dos colores, que puede concretarse de un modo más visual en la proposición que cita Locke «lo blanco no es negro» o «lo azul no es amarillo»⁸. Ni que decir tiene que un objeto puede poseer trozos blancos y trozos negros, puede ser visto blanco por una persona y negro por otra simultáneamente, o cabe que una misma persona lo vea ahora blanco y a continuación negro. Lo que prohíbe la proposición es que la misma persona vea el mismo trozo de un objeto blanco y negro a la vez. Esto es, si ve un objeto blanco, este objeto en ese momento tiene al menos un trozo no negro, justamente el que se ve blanco.

Que una proposición de este género es verdad parece fuera de discusión. Ahora bien, cabe discutir el tipo de proposición de que se trata. Enseguida que reflexionamos, rechazamos que consista en una proposición inductiva. Ni requiere la generalización de casos singulares (¿cuántos necesitaríamos?), ni parece referirse a algo puramente contingente (tenemos la impresión de que esta imposibilidad se da en todos los mundos posibles), ni es una proposición que afirmamos con temor a errar, la certeza con que la afirmamos es apodíctica, la mayor posible, como dice Locke:

«Así la mente percibe que lo blanco no es negro, que un círculo no es un cuadrado [...]. Estas clases de verdades son percibidas por la mente la primera vez que vemos las ideas juntas, por mera intuición, sin la intervención de ninguna otra idea; y este tipo de conocimiento es el más claro y el más cierto del que es capaz la humana fragilidad. Este género de conocimiento es irresistible, y, como la luminosa luz del sol, obliga inmediatamente a ser percibido tan pronto como la mente dirige la mirada a él, y no deja lugar a vacilación, duda o examen, sino que la mente se llena con su clara luz. *Sobre esta intuición depende toda la certeza y evidencia de nuestro conocimiento*»⁹.

⁸ *Essay on Human Understanding*, IV, 2, 1; IV, 1, 7.

⁹ *Essay*, IV, 2, 1.

Es pues, sin lugar a dudas, una proposición a priori. Sin embargo, no estamos ante una proposición *sintética a priori* a juicio de Wittgenstein. Su forma de enunciar su convicción es tajante, aunque requiere una breve explicación. Cabe pensar que una proposición verdadera expresa una situación objetiva que existe y, por tanto, una situación objetiva posible. Si la proposición es universal, se afirma una situación objetiva que existe siempre, excluyendo, por ello mismo, otras situaciones objetivas, de las que se declara implícitamente que no se dan ni ahora ni nunca. La proposición que sostiene que todos los metales conducen la electricidad implica la afirmación de la imposibilidad de la existencia de un metal que no conduzca la electricidad. Expresado de otro modo, puesto que una proposición equivale a la negación de su negación, afirmar una proposición universal equivale a negar la negación de dicha proposición. Al negar la negación de una proposición universal, afirmamos que no se da una cierta situación objetiva y, por ello, que en cierta manera, la proposición que consiste en la negación de una proposición universal describe una situación objetiva imposible. Si la proposición negada es analítica, la situación objetiva descrita posee una imposibilidad que puede ser denominada *lógica*, ya que la proposición negada es falsa únicamente por consideraciones lógicas. Si negamos una proposición con universalidad inductiva, obtenemos una situación objetiva *físicamente imposible*, dado que la proposición que hemos negado es sólo inductivamente verdadera. Esta imposibilidad física no merece el nombre de imposibilidad, propiamente dicha, puesto que cabe que se dé la situación objetiva tildada de imposible, en la medida en que cambiasen las leyes naturales, o en que este mundo se sustituyese por otro mundo posible o en que nos hubiéramos equivocado en el establecimiento de las leyes naturales que pretenden reflejar las leyes científicas.¹⁰ Si la proposición que negamos es una proposición sintética a priori, obtenemos una proposición que expresa una situación objetiva imposible, no físicamente imposible, ni tampoco lógicamente imposible. Su imposibilidad es intermedia entre ambas, o mejor dicho, se empareja en fuerza con la imposibilidad lógica, pero su naturaleza es muy diferente; podemos llamarla *imposibilidad metafísica*. A cada una de estas imposibilidades corresponde la correlativa necesidad.

La posición de Wittgenstein a este respecto en la época en que escribió el *Tractatus* no deja lugar a dudas:

«No hay una necesidad por la que algo tenga que ocurrir porque haya ocurrido otra cosa. Sólo hay una necesidad lógica (6.37)».
 «Al igual que sólo hay una necesidad *lógica*, sólo hay una imposibilidad lógica (6.375)».

¹⁰ Véase la proposición 6.341 del *Tractatus*. A partir de aquí cuando queramos referirnos a una proposición de esta obra de Wittgenstein nos limitaremos a señalar su número entre paréntesis en vez de remitir a una nota a pie de página.

Dejada a un lado la opción de que fuese inductivo y, por tanto, casual, el que el hecho de que algo sea negro excluya el que sea blanco, ya que si sabemos que algo es negro podemos deducir con total certeza que es no blanco. Y no existiendo, por otra parte, para los empiristas, más imposibilidad que la lógica, queda claro que la proposición que asegura que lo negro no es blanco ha de ser una proposición tautológica, analítica. Por consiguiente, una proposición similar a la que afirma que si algo es blanco, entonces no es no blanco.

Una declaración más detallada de esta tesis la enuncia Wittgenstein en estos términos:

«Tomemos ahora la afirmación: “ningún objeto es rojo y verde al mismo tiempo”. ¿Quiero decir con esto simplemente que hasta ahora no he visto un objeto semejante? Es claro que no. Más bien quiero decir: “*No es posible* que vea semejante objeto”. “El rojo y el verde no *pueden* estar en el mismo lugar”. Y ahora preguntaría yo: ¿qué significa aquí la palabra “posible”? La palabra “posible” es, sin lugar a dudas, un concepto gramatical (lógico), no un concepto fáctico. Supongamos ahora que la afirmación “un objeto no puede ser rojo y verde” es un juicio sintético, y que las palabras “no es posible” significan imposibilidad lógica. Entonces, como una proposición es la negación de su negación, existirá también la proposición “un objeto puede ser rojo y verde”. Esta proposición será también sintética. Como proposición sintética tiene sentido y esto significa que el estado de cosas que describe puede existir. De modo que si “no es posible” significa imposibilidad lógica llegamos a la conclusión de que lo imposible es posible después de todo. La única salida que le queda a Husserl es explicar que hay un tercer tipo de imposibilidad. A esto yo respondería: es posible encontrar palabras; pero no puedo imaginar ningún pensamiento que las acompañe.»¹¹

El texto que nos hemos permitido citar es suficientemente largo y complejo como para que merezca y exija una aclaración por nuestra parte. Una vez descartado, en las primeras frases, el carácter inductivo de la proposición que impide que una cosa sea simultáneamente de dos colores, argumenta Wittgenstein en favor de la imposibilidad de que la proposición sea sintética. A diferencia de las proposiciones analíticas que no expresan ningún pensamiento (6.21), una proposición sintética posee significado, dice algo y su negación es también una proposición sintética con significado, por tanto una proposición sintética que describe (pinta) una situación objetiva que puede existir (aunque, naturalmente, puesto que no existe, la proposición es falsa). Por tanto, una proposición sintética y su negación —que es también una proposición sintética— expresan, ambas, sendas situaciones objetivas posibles, una de ellas real y la otra inexistente; con lo que resulta contradictorio denominar a una de esas

¹¹ Wittgenstein und der Wiener Kreis: Gespräche aufgezeichnet F. Waismann, hrsg. B.F. McGuinness, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1967, p. 68.

situaciones objetivas imposible, que es lo que habría que hacer, de acuerdo con Wittgenstein, de aceptar el carácter sintético de la proposición que afirma la imposibilidad (total, no sólo física o inductiva) de que algo sea visto a la vez de dos colores.

Obsérvese que si la proposición que mantiene la imposibilidad de que se den simultáneamente dos colores en una misma superficie fuese analítica, el problema anterior desaparecería. Una proposición analítica, una tautología, no expresa ningún hecho. No es un sinsentido (*unsinnig*), si se entiende con ello que es un absurdo, pero se puede decir que carece de sentido (*sinnlos*). Muestra simplemente que no dice nada y que es una proposición incondicionadamente verdadera por los meros signos que la constituyen, pues permite todos los posibles estados de cosas (4.461-4.464). Su negación es también una proposición analítica, una contradicción, que tampoco posee sentido, ni describe ningún hecho, es falsa por los meros signos que la constituyen ya que excluye cualquier estado de cosas. Podríamos decir, en cierta manera, que la negación de una tautología expresa un «hecho» imposible (lógicamente imposible), pero ese «hecho imposible» sería indescriptible e impensable (no podríamos, por ello, llamarlo con propiedad hecho). «Todo lo pensable es posible» (3.02) y nos sentiríamos incapaces de describir el estado de cosas ilógico descrito por él (3.031).

Claro es que la argumentación anterior resultaría impecable si no pecase de una grave falta lógica de entrada, a saber: presuponer lo que se quiere probar. Si aceptamos que toda proposición sintética expresa sólo una situación objetiva meramente posible [y jamás una situación necesaria o imposible], y puesto que es verdad que la negación de una proposición sintética es también una proposición sintética, concluimos que ninguna proposición sintética expresa una situación objetiva necesaria ni imposible (esto es, que toda proposición sintética expresa una situación objetiva posible). Pero esto es lo que decíamos en la primera premisa. Con una definición de proposición sintética que excluya que ésta pueda expresar lo imposible y lo necesario, que no admita que quepa pensar y describir un estado de cosas imposible, resulta clarísimo que no hay, por definición, proposiciones sintéticas *a priori*. Pero precisamente, el punto que está en discusión entre empiristas y racionalistas es si es aceptable una definición de lo sintético tan restrictiva. Para no imitar a Procasto, que recortaba a los durmientes al tamaño de la cama que les ofrecía en vez de confeccionar camas del tamaño de quienes las utilizan, hemos de meditar algo más. Y para ello, lo mejor, creemos, no es examinar la naturaleza de la proposición sintética, en la que de partida parece que hay tan divergentes pareceres, sino reflexionar sobre si, a partir de una descripción de proposición analítica aceptable tanto por empiristas como por racionalistas, cabe explicar la proposición sobre la exclusión de los colores como una mera tautología. De no lograr esta reducción, habrá que admitir el carácter no analítico de dicha proposición y la necesidad de modificar la noción de lo sintético para darle cabida en ella.

4. INTENTOS DE MOSTRAR EL CARÁCTER ANALÍTICO DE LA PROPOSICIÓN «UN OBJETO VERDE NO ES SIMULTÁNEAMENTE ROJO»

Comencemos nuestro examen por una proposición ligeramente diferente: «un objeto verde no es simultáneamente no verde». Qué duda cabe de que nos encontramos ante una proposición analítica, pues ha de ser aceptada por su mera forma lógica. Mediante la obversión [esto es, el procedimiento lógico que permite obtener una proposición lógicamente equivalente a otra negando su predicado y cambiando su cualidad] la proposición puede convertirse en esta otra: «un objeto verde es [simultáneamente] verde». Aunque no conociéramos el significado de «verde», asentiríamos a la proposición con sólo conocer que en el sujeto y en el predicado el término mantiene el mismo significado. Es la mera forma de la proposición la que nos da a conocer su verdad y por esta razón no nos enseña nada acerca de las cosas ni de los colores, de la misma forma que la proposición mañana lloverá o no lloverá no me proporciona información sobre el tiempo atmosférico (4.461).

En cambio, con independencia de lo que un análisis posterior pueda mostrar, salta a la vista que no resulta manifiesta la naturaleza analítica de la proposición «un objeto verde es simultáneamente no rojo», que es la obversa de «un objeto verde no es simultáneamente rojo». Si desconociéramos el significado de los términos «verde» y «rojo» no podríamos ni asentir ni disentir de esta proposición.

Estas triviales consideraciones no deben engañarnos y creer que la cuestión ha quedado zanjada, pues, en ocasiones, estamos ante tautologías escondidas, proposiciones que, por su complicación, no muestran su carácter analítico a simple vista. La proposición que nos asegura que todo efecto posee una causa no contradice las agudas críticas de Hume contra el principio de causalidad¹², pues, pese a las apariencias, no habla acerca del mundo, ni excluye ningún estado de cosas pensable. En castellano, «efecto» significa aquello que posee una causa y negaríamos, con contundencia, el nombre de efecto a algo carente de causa, de suerte que la proposición anterior se limita a informarnos de que todo lo que tiene una causa (esto es lo que entendemos por efecto) tiene una causa. Palmaria tautología no informativa.

Por consiguiente, cabe decir que la proposición «un objeto verde no es simultáneamente rojo» no es manifiestamente analítica. ¿Podrá serlo de forma encubierta? Esto es lo que el empirista, en su negación de la existencia de la intuición intelectual, está comprometido a probar. Es importante en este punto percatarse de que no resulta en absoluto una tarea fácil. Ciertos intentos se muestran inmediatamente insuficientes.

¹² *Treatise on Human Nature*, I. III, 3, 82.

Así si se dijera: un «objeto verde no es simultáneamente rojo» es una proposición analítica porque se deduce de una clarísima proposición analítica que afirma que una superficie no puede estar coloreada simultáneamente con dos colores, no habríamos avanzado un ápice, pues habría que mostrar que la proposición que sostiene la imposibilidad de que una superficie se halle coloreada con dos colores a la vez es analítica y no sintética y que también es analítica la proposición que afirma que todo lo verde es coloreado.

Wittgenstein intenta mostrar el carácter tautológico de la proposición que discutimos de dos formas diferentes, que corresponden a las ideas que desarrolló en su *Tractatus* y a las reflexiones que sobre el mismo tema llevó a cabo en años posteriores. Veamos la primera de estas maneras en sus propias palabras:

«Que, por ejemplo, dos colores estén a la vez en un lugar del campo visual es imposible, esto es, lógicamente imposible, puesto que ello está excluido por la estructura lógica del color.

Pensemos cómo se representa esta contradicción en la física; aproximadamente así: una partícula no puede tener al mismo tiempo dos velocidades; esto quiere decir que no puede estar al mismo tiempo en dos lugares diferentes; esto quiere decir que partículas en lugares diferentes, al mismo tiempo, no pueden ser idénticas.

(Está claro que el producto lógico de dos proposiciones elementales no puede ser una tautología ni una contradicción. El enunciado de que un punto del campo visual tiene al mismo tiempo dos colores diferentes es una contradicción.) (6.3751)».

El primer párrafo de la proposición 6.3751 del *Tractatus* es la declaración ya comentada de empirismo, pues niega el carácter sintético de una típica proposición *a priori* según los pensadores racionalistas. En el segundo párrafo se expone la razón que justifica tal negación. Un objeto se ve de un determinado color porque desprende partículas (fotones) que llegan a nuestros ojos con una determinada velocidad (podríamos decir igualmente, porque emite ondas electromagnéticas de una determinada frecuencia). Superficies de diferentes colores emiten fotones con distinta velocidad (u ondas con diferente frecuencia). Que un objeto sea de dos colores a la vez implica que emite fotones que llegan a nuestra retina con dos velocidades (o que una y la misma onda alcanza nuestro ojo con dos frecuencias diferentes), lo cual es imposible –se entiende lógicamente imposible–, porque entrañaría la imposibilidad lógica de que un objeto estuviese, al tener simultáneamente dos velocidades, en dos lugares distintos a la vez.

Aun aceptando semejante explicación, el problema sigue sin resolverse. Wittgenstein pasa al lado de la dificultad, rozándola, pero sin entrar en ella. Ya hemos señalado que una proposición es analítica, aunque no lo parezca a simple vista, si es deducible, por largo que sea el procedimiento, de otra u otras

proposiciones analíticas¹³. Por ello Wittgenstein intenta deducir la proposición «un objeto verde no es simultáneamente rojo» de la proposición «un cuerpo no puede estar simultáneamente en dos lugares», dando por probado el carácter analítico de esta última. Pero esta deducción descansa evidentemente en un supuesto no mencionado que cabe expresar mediante esta otra proposición «una superficie se ve verde si emite fotones que llegan a la retina con una determinada velocidad». Y quién podría dudar de que esta última proposición dista mucho de ser analítica, a menos que alguien sea capaz de demostrar por procedimientos lógicos que lo que vemos de color rojo emite ondas electromagnéticas de 610 nanómetros mientras que las superficies que se nos aparecen verdes las emiten sólo de 500 nanómetros. Naturalmente al introducir en la cadena deductiva una proposición no analítica la conclusión no mantiene el carácter analítico aunque se haya partido de alguna proposición analítica.

El tercer párrafo de la proposición 6.3751 es de gran importancia para comprender rectamente la filosofía del *Tractatus*. Wittgenstein acepta, como todos, que el hecho de que algo sea verde implica el hecho de que ese algo no es rojo. Si *p* es la proposición que afirma que un determinado objeto es verde y *q* la proposición que dice que ese determinado objeto es rojo, entonces *p* excluye *q*. Ahora bien, ninguna proposición atómica implica o excluye otra proposición atómica porque los hechos atómicos son independientes unos de otros y de la existencia o no existencia de un hecho atómico no se puede concluir la existencia o no existencia de otro (2.061-2.062). Por tanto, *p* y *q*, que afirman respectivamente que algo es verde y que ese algo es rojo no pueden ser proposiciones atómicas o elementales, sino proposiciones moleculares formadas por proposiciones atómicas de las que nunca se nos darán ejemplos. Por consiguiente, el hecho descrito por una proposición elemental nunca es perceptible, no le corresponde ningún dato sensorial. Los objetos no tienen color, dice Wittgenstein, pues los objetos son simples; el color, al igual que el espacio y el tiempo, son formas de los objetos (2.0232, 2.02 y 2.0251). Hay, como se ve, una enorme diferencia entre el atomismo lógico de Russell y la filosofía del *Tractatus*.

Qué duda cabe que todas estas afirmaciones suenan extrañas y difíciles de conciliar entre sí y con la realidad e inevitablemente surge la pregunta de si Wittgenstein no se ha sentido obligado a considerarlas válidas debido a la concepción básicamente empirista de la que parte.

Las contradicciones y dificultades aludidas llevaron a Wittgenstein, poco tiempo después de escribir el *Tractatus*, a abandonar, en primer lugar, la tesis

¹³ Ésta es precisamente la estrategia seguida por el logicismo al intentar reducir toda la matemática a la lógica, deduciendo el conjunto del saber matemático a partir de unos pocos axiomas lógicos. Como ya dijimos, no es éste el momento oportuno para juzgar la viabilidad de tal proyecto. Pero hay que tener en cuenta que de ser posible esa reducción de todo teorema matemático a unos cuantos axiomas lógicos, ello sólo probaría el carácter analítico de los teoremas matemáticos si se aceptasen dos supuestos adicionales: que esos primeros axiomas lógicos son analíticos y que las reglas o leyes deductivas utilizadas también lo son.

de que una proposición como «esto es rojo» es una proposición molecular analizable. Pero de este reconocimiento y dado que, de la proposición que afirma que esto es rojo se sigue necesariamente que esto mismo no es a la vez verde, hay que aceptar, en segundo lugar, que la tesis de la independencia de las proposiciones atómicas, tal como se entendía en el *Tractatus*, es radicalmente falsa. La verdad de ciertas proposiciones atómicas implica la verdad y la falsedad de otras proposiciones atómicas. ¿Qué grado de necesidad está entrañado en esa implicación? El rechazo de la posibilidad de la existencia en el hombre de la intuición intelectual –en otras palabras, el empirismo fundamental de Wittgenstein– le fuerza a seguir creyendo que se trata de una imposibilidad lógica o gramatical. La proposición que afirma que esto que es verde no es a la vez rojo mantiene, en opinión del autor cantabrigiense, su carácter analítico. Pero ahora su naturaleza tautológica no estriba en que, de alguna manera, la noción de rojo incluya la de no verde, sino en las reglas sintácticas del lenguaje que empleamos. Rojo es indefinible, ni siquiera ostensivamente cabe ofrecer una definición de un color, pues, si decimos esto es rojo, señalando hacia algún lugar, no podemos saber, a menos de que tengamos una idea de qué significa rojo, a que se está apuntando exactamente. Diferente es la situación en la que se nos dice: «esto es de color índigo», pues si hemos aprendido la sintaxis de los colores, podremos saber en qué otras circunstancias cabe decir de algo que es de color índigo. Mas ¿cómo aprendemos la sintaxis de los colores? Es una cuestión que preocupa a Wittgenstein y de la que cabe encontrar el bosquejo de una posible respuesta en sus *Investigaciones Filosóficas*. En esencia, es posible decir que aprendemos las reglas sintácticas que regulan el uso de las palabras observando cómo otros las usan. En este momento no es nuestra labor inquirir hasta qué punto semejante respuesta es aceptable. Para nuestro tema nos basta con retener que, según Wittgenstein, existen reglas que regulan cómo deben usarse ciertos términos. Si digo: «afuera hay 18°C» y alguien me pregunta: «¿Hay también 19°C?» Le responderé que ya le he dicho que hay 18°C y que su pregunta, por tanto, carece de sentido. A diferencia de si me preguntara: «¿hace sol o está nublado?» Que se da una temperatura de 18°C implica (mediante las reglas sintácticas del lenguaje) que no hay 19°C, pero no implica que esté nublado o que luzca el sol. De la misma forma, que una superficie sea verde excluye el que sea simultáneamente roja, pero no excluye que sea circular o rectangular. Los usos del lenguaje determinan estas exclusiones. Entre los papeles que recogen las conversaciones de Wittgenstein en sus clases en Cambridge podemos encontrar retazos del pensamiento que poco a poco va configurando esta doctrina.

«Si $f(g)$ y $f(r)$ se contradicen entre sí es porque r y g ocupan completamente la f y ambos no pueden estar en ella. Pero esto no se muestra en nuestros signos. Mas debe mostrarse a sí mismo si miramos, no al signo, sino al símbolo. Puesto que este incluye la forma de los objetos, la imposibilidad de " $f(r), f(g)$ " se muestra a sí misma ahí, en esta forma.

Debe ser posible para la contradicción el mostrarse a sí misma enteramente en el simbolismo, pues si digo de una superficie que es roja y verde, es cierto, a lo sumo, sólo uno de estas dos, y la contradicción debe estar contenida en el *sentido* de las dos proposiciones.»¹⁴

Extraño texto wittgensteiniano en el que parece intentarse una solución de compromiso. La imposibilidad de que algo sea rojo y verde no se encuentra en los signos (luego –nos preguntamos– quizá no es una imposibilidad lógica), sino que se halla en los símbolos, en el sentido de las proposiciones. ¿Será pues que admite Wittgenstein la existencia de un tercer tipo de proposición que se sitúe entre la proposición empírica (la que hemos llamado inductiva) y la gramatical que corresponde a la proposición analítica? ¿Habrá, por consiguiente, un nuevo tipo de necesidad diferente de la necesidad lógica? La lectura de lo que sigue nos desengaña de la posibilidad, que se nos ha sugerido, del carácter no analítico de la proposición que prohíbe que algo verde sea rojo:

«Pero los símbolos contienen la forma del color y del espacio, y si, digamos, una letra designa ahora un color, ahora un sonido, es un símbolo *diferente* en las dos ocasiones; y esto se muestra en el hecho de que reglas sintácticas diferentes valen para ella.

Desde luego, esto no significa que las inferencias pudieran ahora no ser exclusivamente formales, sino también materiales: el sentido se sigue del sentido y la forma de la forma.

“Rojo y verde no pueden ocupar el mismo lugar” no quiere decir que, como un asunto de hecho, no están nunca juntos, sino que no se puede ni siquiera decir que están juntos o, por consiguiente, que nunca están juntos.»¹⁵

No hay inferencias materiales, esto es, sintéticas, fundadas en el sentido de las proposiciones y no en su mera forma; no hay inferencias que describan las leyes que regulan el comportamiento de los objetos, en vez de expresar sólo las leyes que regulan la combinación de signos para hablar de ellos. Manteniéndose firme en su empirismo, en su rechazo de las proposiciones *sintéticas a priori*, Wittgenstein se ve obligado, sin embargo, a desdecirse parcialmente de la posición que adoptó en el *Tractatus*. «Un objeto rojo no es verde» sigue siendo considerada una proposición analítica, pero la noción de lo analítico se desdibuja, ya no reside en los meros signos, esto es, en los trazos de tinta sobre un papel, no hay tablas ni reglas mecánicas que nos permitan descubrir las proposiciones analíticas. Ahora debemos observar los símbolos. Un símbolo es algo más que el mero signo, pero un símbolo no es el sentido o significado de un signo, al modo fregeano. Un símbolo es el signo más las reglas que permiten

¹⁴ *Philosophische Bemerkungen*, (Aus dem Nachlass). Hrsg. R Rhees, Basil Blackwell, Oxford, 1964, § 78.

¹⁵ *Ibid.*

utilizarlo. ¿Por qué una cosa no puede ser roja y verde cuando puede ser roja y cuadrada? La única respuesta que cabe dar es la que proporciona el propio Wittgenstein: «La sintaxis prohíbe una construcción tal como “A es verde y A es rojo”»¹⁶ o para expresarlo con las palabras de otro conocido texto empirista contemporáneo:

«Así, si digo “nada puede ser coloreado de diferentes modos al mismo tiempo, respecto a la misma parte de ello mismo”, no estoy diciendo nada acerca de las propiedades de ninguna cosa real; pero no estoy diciendo un sinsentido (*nonsense*). Estoy expresando una proposición analítica, que recoge nuestra determinación de llamar a un espacio de color que difiere en cualidad de un espacio de color vecino, una parte diferente de una cosa dada. En otras palabras, estoy, sencillamente, llamando la atención acerca de las implicaciones de un determinado uso lingüístico.»¹⁷

Sin embargo, esta segunda respuesta de Wittgenstein, que hemos expresado asimismo con palabras de Ayer, se limita, de nuevo, a aplazar el problema, en vez de resolverlo, pues ahora cabe preguntarse por el carácter de dichos usos lingüísticos, por la índole de estas reglas sintácticas. ¿Se conocen empíricamente o son *a priori*? O, para preguntarlo de un modo más preciso: ¿se trata de reglas y usos contingentes, que muy bien podrían ser otros, o son reglas necesarias? Si fueran contingentes, podrían cambiar. Claro que, si cambiasen, ya no hablaríamos el mismo lenguaje, pero ésta no es la cuestión importante, que cabría exponer así: ¿Podemos construir un lenguaje en que ese uso lingüístico o esa regla sintáctica no exista? ¿Tendría sentido dicho lenguaje? Naturalmente que, desde nuestro lenguaje actual, donde rige dicho uso, sería inconsistente en ese respecto. Mas no nos preguntamos si tendría sentido desde nuestro lenguaje actual, sino sentido en sí mismo. Nuestros lenguajes naturales no están hechos para hablar de cosas que se extiendan en un espacio de cuatro dimensiones, sino sólo de tres (altura, anchura y profundidad), pero podemos construir lenguajes (de índole matemática) en los que describamos objetos desplegados en cuatro dimensiones y estas descripciones las entendemos ciertamente, aunque no podamos representarnos esos objetos en la imaginación. ¿Podemos, de forma análoga, construir un lenguaje en que los colores no se excluyan como en nuestros lenguajes naturales? ¿Entenderíamos la afirmación de que una superficie se encuentra coloreada simultáneamente con dos colores?

En el propio texto de Ayer que acabamos de citar se desliza un error que muestra a las claras hasta qué punto esto nos parece inconcebible. Al decir que la proposición «un objeto verde no puede ser a la vez rojo» recoge nuestra determinación, está señalando con claridad el carácter contingente de dicha regla, pues se dice que es *nuestra*, con lo que se da a entender que podría haber

¹⁶ *Op. cit.* § 86.

¹⁷ J. A. Ayer, *Language, Truth and Logic*, Victor Gollancz, London, 1936, cap. IV.

otras diferentes y al señalar que es una *determinación* sugiere que ha brotado de un acto volitivo más o menos consciente del que está en nuestra mano arrepentirnos para adoptar otra decisión. La determinación tomada consiste, según Ayer, en denominar partes diferentes de una misma cosa a un espacio que tiene un color y a otro espacio vecino que muestra un color diferente. Ahora bien, ¿por qué decir vecino? Un trozo de objeto vecino o yuxtapuesto a otro trozo es diferente de él, pues está en lugares distintos del espacio. Con razón llamaremos siempre diferentes a dos superficies de un objeto que están coloreadas de forma diferente y ocupan lugares distintos. Mas el asunto que se discute está en si llamaríamos *diferentes* a una *misma* superficie que estuviera coloreada simultáneamente con dos colores; dicho de otro modo, quizá menos paradójico en apariencia, dos superficies que difieren sólo en el color –y en nada más, ni siquiera en el lugar que ocupan–, ¿son diferentes? ¿Son dos o es una?

La única respuesta sensata es que no es posible que haya jamás dos superficies que difieran sólo en el color. Si difieren en el color, son dos; y, si son dos, difieren también en el lugar en que se extienden. Luego parece que la regla sintáctica que prohíbe predicar de A a la vez el ser rojo y el ser verde es una regla necesaria y no contingente, puesto que no podemos pensar cómo sería la negación de esa regla. Mas si se trata de una regla sintáctica no contingente, hemos de pensar que recoge rasgos necesarios de la realidad, hemos de reconocer que expresa, de alguna forma, un estado de cosas universal o, al menos, el modo en que necesariamente pensamos; en definitiva, que se trata de una proposición sintética *a priori*, que no cabe considerar analítica, desde ningún criterio manejable de lo analítico.

Frente a este argumento, conocemos la respuesta de Wittgenstein:

«No sólo son arbitrarios los axiomas de la matemática, sino toda sintaxis [...] La sintaxis no se puede justificar por el lenguaje. Si pinto *su retrato* y lo represento con bigote negro, podría responderle a su pregunta de por qué lo he pintado con bigote negro diciendo: mírese usted, verá que lleva bigote negro. Si, por el contrario, me pregunta *por qué* empleo una sintaxis determinada, no le podré responder nada como justificación. La sintaxis no tiene fundamentos; por esto es arbitraria. Con independencia de su empleo y considerada en sí misma, es un juego, exactamente igual que el juego del ajedrez.»¹⁸

Un retrato se puede comparar con la realidad y son, precisamente, los rasgos de esta realidad los que justifican los rasgos del retrato. No cabe, en cambio, comparar una regla sintáctica con la realidad, con algo así como una ley de esencias, por eso es analítica. Pero nuestra objeción vuelve a sonar insistente: De acuerdo, desde un lenguaje con una determinada sintaxis no cabe ni decir algo con sentido que contravenga dichas reglas (por ejemplo, que un

¹⁸ Wittgenstein und der Wiener Kreis: Gespräche aufgezeichnet F. Waismann, hrsg. B. F. McGinness, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1967, p. 98.

objeto sea a la vez rojo y verde) ni cabe tampoco justificar dicha sintaxis. Pero será posible construir otro lenguaje que no contenga esa regla, al igual que podemos cambiar las reglas de cualquier juego para obtener otro nuevo. ¿Resulta posible la construcción de ese lenguaje en el que sintácticamente los colores no se excluyan, en el que quepa cubrir a la vez una misma superficie con más de un color? Quizá se diga que sí es posible, aunque no sepamos si alguien lo usará alguna vez, de la misma forma que se ha construido un lenguaje para los números hipercomplejos. Pero podemos preguntarnos si ese lenguaje artificioso podría ser aplicado a la realidad como lo son los lenguajes naturales. Claro que no y la repugnancia que sentiríamos para usarlo en cuestiones prácticas procedería, a buen seguro, de su inadecuación con las cosas. La preferencia que otorgamos a un lenguaje que posee entre sus reglas sintácticas aquella que excluye la aplicación simultánea a la misma superficie de dos colores sobre otro que carece de esta regla sólo puede ser explicada porque aquel se adecua mejor a la experiencia que éste, mas esta adecuación no es puramente inductiva o probable, por tanto el lenguaje que escogemos se adecua a lo que las cosas necesariamente son. Sus reglas sintácticas son proposiciones sintéticas *a priori*.

Naturalmente todavía cabe negar la posibilidad de lo sintético *a priori* y la existencia de una intuición intelectual que nos lo dé a conocer por razones muy fundadas –aunque no sé si totalmente convincentes–, esto es, negarlo desde un empirismo bien razonado, en la medida en que esto sea posible, pero dicho empirismo no podrá dejar de afrontar la cuestión, humilde, si se quiere, de exponer cómo, a partir de una concepción de lo analítico clara y aceptable, cabe explicar como tautológicas expresiones tan sencillas como lo rojo no es verde. Es esta explicación la que hemos tratado de rastrear en diversos textos de Wittgenstein, de uno y otro período, sin encontrarla, por lo menos con la precisión con la que anhelábamos hallarla.